

Tomamos de Maria R\*\*\*, citada ya en los capítulos 4.º y 5.º de esta obra con la denominación de La Joven Obrera, lo siguiente: pág. 385, pár. 3.º y siguientes V. P. t.º 2.º

«Esta noche (12 de Julio de 1872) entre las doce y la una, no pudiendo dormir á causa de la temperatura, me levanté y apareció derrepente una luz; y un personaje vestido de encarnado cuyos vestidos estaban mojados, se presentó delante de mí. Tuve miedo, y por tres veces llamé á mi compañera, que no me respondió. Entónces me dijo la visión: «No tengas miedo, Maria, ten confianza y vive sin temor.»—Y yo le pregunté: «¿Por qué estais vestido de encarnado?»—¡Ah! me respondió suspirando, *porque yo piso el lagar, y nadie quiere ayudarme. La viña está cargada de frutos; hay muchos para recogerlos, pero ninguno para exprimir el jugo. Por eso he jurado en mi cólera, que nadie beberá de mi vino, ni de el licor que yo haya pisado.*»

«Vi entónces siete hombres con alas, teniendo cada uno un incensario lleno de carbones ardientes; tres de ellos estaban de cada lado de Nuestro Señor, y uno detrás. Tomó el Señor uno de los incensarios, y vi la grande cuba de vino y que en ella le mojó: después tomando un carbón de este incensario, le metió en otro, y lo mismo hizo con los demás.»

«Hecho esto, dijo al primer hombre alado: *Lanza tu incensario.* Y ved aquí, que lanzado el incensario salió de él una gran cantidad de moscas. Nuestro Señor les dijo: *Id á ejecutar mis órdenes y á enseñar á los hombres que deben obedecerme.* Partieron las moscas, y volviendo poco después, dijeron: «Señor, hemos hecho lo que nos habeis mandado, y el hombre ha respondido:» «Non serviam, no serviré.»—Bendijolas Nuestro Señor y se marcharon.»

«Llamó al segundo hombre alado, y díjole: «Lanza tu incensario» y lanzado el incensario, salió de él un espeso vapor negro, y le dijo Nuestro Señor: «*Vapor, ve á la tierra, toca á los animales y á los hombres, y enséñales á obedecerme.*» El vapor partió y regresando luego, dijo:—«Señor, he ejecutado vuestras órdenes y el hombre ha respondido: *Non serviam.*» Bendecido por el Señor, se retiró.»

«Llamó el divino Maestro al tercer hombre alado, y le dijo: «*Lanza ese incensario.*»—Y cuando le hubo lanzado, salieron de él muchos insectos, muy pequeños (1). Díjoles el Señor: «*Id á la tierra, tocad las plantas, y enseñad á los hombres á obedecerme.*»—Partieron los insectos, y volviendo después, dijeron:—«Señor, hemos cumplido vuestras órdenes, y el hombre ha respondido: *Non serviam.*»—El Divino Maestro los bendijo, y se marcharon.»

(1) ¿No serán los microbios que tantas enfermedades mortíferas han causado en los hombres y en los animales? la ciencia viene siempre á proclamar la Sabiduría infinita. E.

«Volviéndose entónces hácia los tres hombres alados de su derecha, diceles: «*El hombre en su impiedad ha dicho: Yo reinaré; y yo le digo: Tú servirás. Y ellos se han burlado de mí moviendo la cabeza de uno y otro lado. Por este motivo id á lanzar vuestros incensarios, y puede ser que entónces reconozcan que al fin necesario es servir.*»

«Los tres hombres alados lanzaron sus incensarios; y ved ahí una multitud innumerable de caballos y de hombres y de mujeres con espadas. El Señor les ha dicho: *Recorred toda la tierra y herid á vuestro paso para que el hombre aprenda á servirme.*» Partieron, y volviendo después dijeron los tres:—*Hemos combatido en vano, pues el hombre ni siquiera ha querido respondernos. Vengaos, pues, Maestro, porque en ello va vuestra gloria. Vengaos vos mismo.*» Bendecidos por el Señor se alejaron.»

«El sétimo hombre alado se adelanta con su incensario y el Divino Maestro le dice:—«*Remueve todo el vino de la cuba con tu incensario y déjale que se desborde.*» El hombre alado obedece, y he aquí que el vino comienza á hervir y brota en llamas. «*Anda, le dice el Divino Maestro, devora todos los lugares que han cometido la iniquidad, purifica todo, y no perdones más que la centésima parte de cada cosa.*»—Y ved que, en grueso torbellino parte todo el fuego. Un grito agudo se deja oír, y el Señor dice:—«*¡Todo está consumado! . . . ¡Todo se ha salvado! . . . ¡Ciudad desventurada, si tú hubieras querido! . . . ¡hombre ingrato, si tú me hubieras escuchado!*» . . .

«*Ahora ¡Oh, hijas mías! escuchad. Ya es tiempo de huir. Huid, pues. Id á visitar mi paloma que gime y tiene su morada en el Oeste; allí, por espacio de nueve días, ocupaos piadosamente, y después separaos. Id en seguida á la montaña de vida (la de la Saleta). Huid cuanto antes, preparaos (para huir).*»

«Maestro bueno, le dije: Mi compañera y yo deseáramos amarnos mucho; pero cuanto más lo deseamos, somos tanto más indiferentes; nosotras no tenemos una palabra para Vos. ¿De dónde procede esto?»—«*Esto procede, hija mía, de que quiero sumiros del todo en vuestra nulidad, y haceros ver que nada os es posible sin el socorro de mi gracia. Contentaos, pues, con vuestro estado y no trateis de profundizarle. Un día vendrá en que reconocereis que todo era sabiduría. Vivid para el día sin cuidado de lo que podrá acontecer mañana. ¿No teneis un guía? Dadle, pues, la mano y cerrad los ojos.*—«¿A dónde queréis que huyamos, Maestro bueno?»—*Salid y huid. Vosotras teneis un guía. . . pensad bien que es menester huir. Salid de aquí. No debeis habitar ya la gran ciudad. Huid. . . Yo os bendigo, hijas mías; y desapareció todo.*»

«El Director espiritual de la vidente, añade que, ésta juzga que las seis primeras plagas representadas por los incensarios de los seis primeros ángeles, han pasado ya; pero que el último es inmi-



nente y que será terrible. . . . Ha dicho después la misma María que, se acercaba la crisis aunque no había llegado la hora; pero que ellas debían partir ya. Y en efecto, pasaron nueve días en la montaña de la Saleta, y en 13 de Setiembre de 1872 se prepararon para salir definitivamente de París."

Con ocasión de estas revelaciones que examinó detenidamente un sabio religioso de mucha piedad, escribió en 24 de Octubre de 1871 esto que es muy significativo.

«Los sábios del siglo se afanan y apuran su habilidad para hallar remedio á las horribles llagas que corroen el corazón de la sociedad contemporánea, como si la salud de ésta estuviera en otra parte que en la reparación.»

No hay, pues, que admirarse de que el Señor Jesús haya hecho oír con tanta frecuencia este grito de angustia: ¡Reparación! ¡Reparación!

«En la época tan tormentosa por la que atravesamos, época en que la sociedad, gobernada y devorada por el espíritu del mal, se aparta fatalmente de toda acción regular, no hay salud para ella sino en la reparación.»

«La reparación es la Santa montaña de Dios, que, por las olas de sus inagotables lágrimas, por las explosiones de sus gemidos y sollozos, por la sangre de sus expiaciones y de sus penitencias, y por la superabundancia de sus méritos y tesoros, restablecerá el equilibrio en la tierra y en el cielo; y cicatrizará, curará y salvará la sociedad podrida.» (Salmo LXVII). «A esta montaña Santa deben elevarse, con súplicas y clamores, todos los ojos y todos los corazones católicos. (Salmo CXX, v. 1.º)»

«Cuando ondee sobre la Santa Montaña el estandarte de la Reparación, entonces se apaciguarán las iras de Dios, y el cielo, con su dulce serenidad, encontrará el Sol de la paz; y caerán sobre la mies de los corazones nubes de rocío, y bendiciones inagotables.» *Cum elevatum fuerit signum in montibus. . . . Hoc dixit Dominus: Quiescam. . . . et sicut meridiana lux clara est, et sicut nubes roris in die messis.* (Isai. XVIII, v. IV).

También á nosotros nos parece haberse efectuado ya las plagas anunciadas en los seis incensarios; y estar demasiado incoadas las simbolizadas en el sétimo. [1]

Del primer incensario salió una gran cantidad de moscas para enseñar á los hombres á obedecer.

Nosotros no sabemos cuántos desastres habrán causado en el mundo entero, los insectos alados comprendidos en el grupo de las moscas; pero contrayéndonos á nuestra patria, los mosquitos, clasificados en dicho grupo, han sido una verdadera calamidad

[1] Es obvio para mí que estas plagas se han de experimentar, unas en estos y otras en aquellos lugares, sin el orden enumerado y que sólo la sétima es la última y universal. E.

en muchos lugares, no faltando casos de estar emponzoñados y causar su picadura una muerte momentánea; y parece que ese sanguinario insecto, en todo lugar y á cada hora, nos está repitiendo sin intermisión: "Humíllate ante la Divinidad, pues soy su mensajero y sobra el poco veneno que puedo contener para dar contigo y con tu altivez en el sepulcro. ¿A dónde puedes huir para esconderte de mí?" Pero el hombre friamente le contesta: "Estoy ya descubriendo la causa de tu aparición y los medios de esterminarte;" y el despreciado insecto, bendecido por el Eterno, se multiplica y está repitiendo sin cesar á su Hacedor: "Ensoberbecido el hombre dice: *Non serviam.*" No serviré. [1]

El vapor del segundo incensario recibió la orden de enseñar á los hombres la obediencia. Pero ¡si el vapor se ha puesto á su disposición siendo el agente más importante de su grandeza y poderío!

La nación mexicana, de la cual somos amantes hijos, es el punto principal de nuestro interés y de nuestras investigaciones, y aunque no veamos en nuestra patria ser tan continuos los accidentes ferrocarrileros, hasta poner por ellos en duda las ventajas de las vías locomotivas, el vapor en verdad nos ha comunicado las intimaciones divinas; y bendecido por el Todopoderoso se ha multiplicado, estendiéndose cada vez más su influjo y su dominio é imponiéndose de tal manera que, su falta sería un conflicto imponderable. Fué bendecido por Dios, pero él; y no para nuestro bien; y por eso se extiende, y se multiplica su uso por todas partes y en numerosas combinaciones; empero nuestros espesos bosques han acabado del todo para atender á las exigencias ferrocarrileras, y con ellos ha desaparecido la salud y la fertilidad de nuestro suelo, faltándonos su sávia, su oxígeno, su perfume embalsamado; sin que se piense contener el mal, cuando la anemia ó la clorosis y otras mil enfermedades invaden indefensas nuestras poblaciones y sin remedio principalmente en la capital, porque respiramos ya un vapor carbonizado mefítico y de muerte. El vapor ha sido bendecido por Dios para que se extienda en múltiples formas como nuestro azote; y las concesiones á las empresas de ferrocarriles nos han empobrecido; y las vías férreas han puesto las llaves del monopolio en unas cuantas manos; han dado el golpe de gracia á los hijos de México, principalmente á los indígenas, y en vez de unir nuestros apartados mares, vienen á ser cadenas que nos atan al Norte, teniéndolas en sus formidables manos el coloso. Dios, en fin, ha bendecido el vapor para nuestro castigo, y, condensado en la atmósfera, ha descendido en lluvias torrenciales, causando inundaciones devastadoras, anunciadas también por la Srita. Josefa Lamariné y por Magdalena Porsat.

[1] Las moscas se retiraron para proseguir su misión. E.



Los insectos muy pequeños salidos del incensario del tercer ángel, los microbios, sin duda, también *han tomado el vapor* y, elevándose en sus veloces alas, se han transportado de región en región, infectando el aire y causando pestes desoladoras en todo el universo.

Pero nada está más bien simbolizado, ni se ha cumplido más al pie de la letra, como ese desprecio del hombre á la vida de sus semejantes y á la suya propia; anunciado en los tres incensarios, saliendo de ellos una multitud de caballos y de hombres y de mujeres con espadas. Ese desdeñoso desprecio, engendro del ensimismamiento humano y de su rebelión contra el Criador, ha herido por todas partes á diestra y siniestra é innúmerables son sus víctimas. El soberbio dueñista, tan odioso como adulador, á la vez, se proclama árbitro de su propia vida, se jacta de su desprecio á la ajena, y manifiesta sin embozo lo muy poco que vale, á sus ojos, ese dón augusto de la Divinidad concedido al nobilísimo Rey de la creación. Las sociedades en masa aceptan la teoría del duelo contra las mismas leyes de la naturaleza y muchos acaso sin pensar en las consecuencias, se envuelven á sí y á otros en lances cuya realización no se esperaba; y se cuentan á centenares los asesinatos en desafíos, cundiendo tanto el mal ejemplo que, el más leve capricho arrastra enérgicamente á crimen tan cualificado, teniendo responsabilidad hasta los cobardes, faltos de aliento para reprobárselo. Hombres de espíritu apocado ó de físico raquítico, débiles mujeres y aun tímidos niños, no pudiendo ostentar de otro modo su rebelión contra la Divinidad, le arrojan desdeñosos el inestimable dón de la existencia, privándose de la vida; revelando el despecho y la incredulidad de innumerables víctimas de tan inconcebible atentado (sólo por los católicos reprobado hoy) el ningún valor necesario para perpetrarse, y la impotencia moral en quienes le cometen, para resistir la tentación de levantarse contra Dios y de constituirse en hecatombes exigidas por Satán á los suyos. Se entiende que nos referimos á quienes en su completo acuerdo atentan contra su vida, calificándose dignos de muerte. Pero cuantos admiten el suicidio en teoría y hasta como un hecho glorioso ¿respetarán demasiado la preciosa existencia de sus semejantes? Pues bien, si se pregunta á innumerables muchedumbres, quedaremos pasmados de ver cuántos propalan y defienden estos sacrificios á las verdaderas furias, y esta rebelión grosera contra la voluntad Divina. Todos ellos "*non serviam*" responden con insolencia. [1]

Sólo Dios puede inspirar amor y respeto hácia la criatura que formó misericordioso á su imagen y semejanza; pero el enemigo de nuestro linaje, por el contrario nos procura únicamente males y desprecio, así es que, cuando se extienden sus doctrinas tenebrosas, el hombre se ensimisma teniendo únicamente desdén para sus pró-

[1] Es verdad que en todos tiempos ha habido suicidios y desafíos, pero en éste han tenido su verdadero verano, habiendo sido exóticas hasta últimamente en México. E.

jimos y para todo cuanto pertenece á éstos; siendo todos desgraciados por buscar cada uno su felicidad á costa de la de los demás. Bastaba paladear los amargos frutos que se recogen cuando falta la caridad, por la ausencia de la gracia, para despertarnos y hacernos volver á la ley suave del Señor; pero, lejos de ello, el hombre cada vez más se encona contra sus semejantes y contra sí mismo, tratando de derribar el secular edificio de la moral, venida del cielo, aunque deba quedar él, sepultado entre sus escombros; y han recorrido toda nuestra patria ginetes, infantes y mujeres y hasta niños para imponernos el libertinaje; y ya nadie se cuida de la muerte de muchos para obtener el más pequeño lucro ó los más viles y momentáneos placeres. Por eso se ha adelantado ya el sétimo ángel con su incensario, y de éste han brotado llamas que, en gruesos torbellinos comienzan á recorrer toda la tierra. ¡Patria desventurada, conviértete á tu Dios, conságrate al divino Corazón de Jesús y te librarás de este azote!

Quisieramos llamar la atención con insistencia sobre no haberse tomado el peso, según parece, á los notables incendios habidos muy recientemente en los Estados Unidos con notable particularidad, en Inglaterra, en Francia y también en nuestra patria, tan terribles como los de Yucatan, Durango y Chihuahua. Estos incendios, ciertamente nos deben hablar muy alto. Sí, el Ángel exterminador ya se presenta; [1] y vemos aprestarse, por otra parte, innumerables bocas de fuego para cercenar á la humanidad, y el petróleo y la dinamita para la destrucción momentánea de aldeas y de ciudades, y para el definitivo asalto contra la Iglesia. Empero acaso ya también están dispuestas las baterías celestes, y se preparan á subir del centro de la tierra, gigantes enfurecidos vomitando fuego, para sepultar entre lava y cenizas los pueblos más delincuentes.

Se conmueve el corazón al ver por todas partes huelgas, el comunismo y el socialismo en acecho, las grandes potencias, medidas tanto tiempo por la paz y arrulladas por los cantos alegres de la prosperidad; ahora amenazantes y amenazadas, inquietas, aterradas y aterradoras. Y no exageramos en esto; pues el más obstinado tiene que reconocer al Omnipotente ya resuelto á sujetar al hombre á las leyes divinas, para tornarle al dichosísimo reinado de la caridad en Cristo.

Pero también Matiana vió y anunció ese aliento mortífero de fuego, saliendo de innumerables bocas insensibles; y acaso palpó también nuestra obstinación, pues dice la Madre Guerra haberle aquella comunicado á sus confidentes «que habrá un baleo quedando las calles regadas de cadáveres,» como veremos en el capítulo siguiente.

[1] Regístrense con alguna atención los cablegramas en los periódicos principalmente los de Julio á 19 de Agosto de este año de 1889. E.